



PASCUAL SERRANO

Contra la neutralidad

Tras los pasos de John Reed,
Ryszard Kapuściński, Rodolfo Walsh,
Edgar Snow y Robert Capa



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA





© Pascual Serrano, 2011

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2011
© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U.,
Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
EGEDSA · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 30.589-2011
ISBN: 978-84-9942-114-8



ÍNDICE

Agradecimientos	7
I. El periodismo necesita corazón	9
II. John Reed, el cronista épico	35
III. Ryszard Kapuściński, la voz de los sencillos	67
IV. Rodolfo Walsh, realidad que supera a la ficción	107
V. Edgar Snow, el hombre que descubrió Asia a Occidente	145
VI. Robert Capa, la humanidad fotografiada	195
VII. El periodismo que viene	229
Notas	247



AGRADECIMIENTOS

Aunque aparezca yo como autor, este libro es idea de Micòl Savia, quien comprendió que era necesario buscar referentes positivos en un mundo asolado por la injusticia y el mal periodismo. Su ayuda y apoyo han sido constantes a lo largo de todo el proceso de preparación de este trabajo.

Y como es habitual en todas mis obras, mi agradecimiento a Katy R. que revisa todos mis textos, los limpia, hace brillar y les da esplendor.

No olvido a mi editor, Manuel Fernández-Cuesta, que con su confianza y apoyo demuestra que también está contra la neutralidad.





I

EL PERIODISMO NECESITA CORAZÓN

Odio a los indiferentes. Creo que vivir quiere decir tomar partido. Quien verdaderamente vive, no debe dejar de ser ciudadano y partisano. La indiferencia y la abulia son parasitismo, son bellaquería, no vida. Por eso odio a los indiferentes.

ANTONIO GRAMSCI

En los últimos tiempos el debate sobre el periodismo se limita a discutir sobre el formato y la presentación. «Sustituyen el problema del contenido por la cuestión de la forma, colocan la técnica en lugar de la filosofía. Solo hablan de cómo redactar, cómo almacenar, cómo transmitir algo. Pero qué redactar, qué almacenar y qué transmitir, de eso ni una palabra. El punto débil de estas manifestaciones radica en que a través de ellas, en lugar de discusiones sobre el contenido, el espíritu y el sentido de las cosas, no nos enteramos más que de los nuevos y deslumbrantes avances técnicos conseguidos en el terreno de la comunicación».¹ Así lo percibía Ryszard Kapuściński hace casi diez años y ahora esa sensación es mucho más evidente.

El periodista español Iñaki Gabilondo ha señalado que «conviene no caer en esa suerte de fascinación por los artilugios, que convierte en nulo el actual debate sobre el periodismo. Cuando alguien propone discutir sobre el futuro del periodismo, se acaba hablando únicamente de empresas periodísticas o de cacharritos. ¿A eso llaman debatir sobre el futuro del periodismo? A disertar sobre cómo serán las empresas del futuro, no se contempla en ningún momento qué y cómo hay que contar, y a quién hay que contarlo. Los periódicos, las radios y la televisión hace mucho que no se preocupan de sa-





CONTRA LA NEUTRALIDAD

ber qué tienen que contar. Curiosamente, solo se preocupan de contar cuántos lectores y cuántos espectadores tienen. He aquí lo único que les importa: lectores, oyentes, televidentes. Pero la discusión sobre lo que debe ser explicado ha desaparecido de cualquier debate sobre el periodismo presente o futuro. Aún está demasiado virgen el territorio de la reflexión acerca de la responsabilidad social del periodista».²

En nuestro trabajo queremos viajar a las antípodas de esa forma de entender el periodismo, vamos a presentar la profesión como una discusión sobre los contenidos, los valores, el compromiso del periodista con su tiempo, su implicación en los conflictos sociales, su decisión de explicar el mundo, el valor para denunciar lo que considera miserable y alinearse con lo que admira.

DICEN QUE SON NEUTRALES

Hubo un tiempo, allá en el siglo XIX, en el que el periodismo y los periódicos eran, básicamente, pasquines de lucha y combate político. Los periódicos, la radio, la televisión en sus inicios, eran instrumentos de diversos partidos y fuerzas políticas en lucha por sus propios intereses. Así por ejemplo, en Francia, Alemania o Italia, todos los partidos e instituciones relevantes tenían su propia prensa. La información, para esa prensa, no era la búsqueda de la verdad, sino ganar espacio y vencer al enemigo particular. Ese modelo puede ser saludable para la libertad de expresión y el debate de las ideas, pero nadie lo defenderá como el más idóneo para el conocimiento de los hechos. Pero aquello ya forma parte del pasado, y se podría decir que hoy estamos en el polo opuesto. El principal argumento que esgrimen los directivos de los medios de comunicación y los popes de la prensa es que ofrecen información neutral y equilibrada. Sus banderas, dicen, son la objetividad y la imparcialidad. El presidente del grupo editorial Bertels-



mann, Thomas Middelhoff, afirmó: «No somos de izquierdas ni de derechas, tampoco alemanes ni norteamericanos; intentamos ser eficaces».³ Curiosa afirmación procedente del principal directivo de un imperio editorial y mediático fundado sobre la publicación de biblias y canciones religiosas. Un grupo que colaboró con el régimen nacionalsocialista alemán publicando a autores nazis como Will Vesper, quien hizo el discurso conmemorativo en la quema de libros de 1933, o Hans Grimm. Bertelsmann editó más de 20 millones de libros y folletos (material de propaganda) en su fructífera etapa editorial durante el gobierno de Hitler.⁴

El diario estadounidense *The Washington Post* entregó una guía a los periodistas de su plantilla en la que les advertía de cómo tenían que comportarse en redes sociales como Facebook o Twitter.⁵ Una de las medidas era que, con objeto de «no poner en duda» con sus opiniones «la imparcialidad» de las noticias del periódico, no debían escribir o subir ninguna imagen que pudiera sugerir que tenían algún prejuicio político, racista, de género o religioso. Sin duda el prejuicio racista o de género es indeseable, pero prejuicio político quiere decir tener alguna ideología; así que se trataba de prohibir a su personal, incluso en su ámbito privado, expresarse o posicionarse políticamente. No es que proscribieran una determinada ideología, sino que se las prohibían todas a sus trabajadores para aparentar una neutralidad, de modo que el periódico se pueda presentar como imparcial. Así, los profesionales de izquierdas nunca podrán expresar sus ideas políticas, ni dentro ni fuera del periódico, y los de derechas deberán disimularlas para que el diario siempre pueda hacernos creer que es neutral.

Si observamos la denominación que se dan a sí mismos los medios de comunicación, encontramos entre los periódicos cabeceras con nombres asépticos y virginales como *El País*, *ABC*, *El Mundo*, *La Nación*, *Informaciones*, *El Tiempo*, *El Universal*, *El Nacional*... En el caso de las televisiones son frecuen-

CONTRA LA NEUTRALIDAD

tes las denominaciones numéricas que evocan la infalibilidad y neutralidad de las matemáticas.

El culto a la objetividad provoca que los reporteros que presencian tragedias y sufrimientos cuyos responsables están perfectamente identificados vean que sus crónicas terminan llegando al público descafeinadas y desteñidas tras atravesar los filtros de los jefes de redacción y los directivos de despacho. La objetividad se ha convertido en elemento de culto para evitar enfrentarse a verdades desagradables o disgustar a una estructura de poder de la que dependen los medios de información para obtener beneficios o incluso sobrevivir. Ese culto transforma a los reporteros en observadores neutrales o voyeurs. Si trabajan en televisión prácticamente se han convertido en webcams que no expresan nada, y si escriben se dedican a transmitir fríamente datos y números que no ayudan a comprender los acontecimientos. El periodismo actual destierra la empatía, la pasión y el afán de justicia. A los reporteros se les permite mirar, pero no sentir, ni hablar con su propia voz. Actúan como «profesionales asépticos» y se consideran científicos sociales desapasionados y desinteresados. Este libro nace con la pretensión de combatir este formato y conocer la vida, trayectoria y pasión de cinco periodistas que representan las antípodas del periodismo que intentan proponernos hoy.

LA SIMPLIFICACIÓN

A la explotación del discurso de la neutralidad hay que sumar la simplificación y la frivolidad. Iñaki Gabilondo expresa su preocupación en este sentido: «las cosas me parecen cada vez más complejas, más llenas de matices, y la paradoja es que hay que contarlas de una manera más rápida, más corta, más impactante». ⁶ Gabilondo señala que hoy el periodista no puede narrar la complejidad:



EL PERIODISMO NECESITA CORAZÓN

[...] la sensación es que nos apropiamos de un hecho, lo frivolizamos, sacamos 5 millones de copias y lo repartimos a 5 millones de personas, y ese proceso me produce un extraño frío en la médula espinal.⁷

En opinión de uno de los periodistas más prestigiosos de la actualidad, el británico Robert Fisk, uno de los problemas principales del periodismo, particularmente de la información diaria, es el hecho de que empezamos a ver a todos los personajes como si viéramos una obra de teatro o una película, en la que suceda lo que suceda, el show debe continuar.⁸ El caso de la televisión preocupaba a Ryszard Kapuściński. En sus comentarios de hace diez años sobre la televisión estadounidense es muy fácil ver el reflejo de nuestra televisión actual:

La televisión de aquí: un mejunje ligero y alegre. Se cuentan chistes, se entregan premios, todos se elogian mutuamente. Los presentadores, siempre sonrientes. Cuando hablan de la guerra en el golfo Pérsico y de la amenaza de exterminio nuclear, también sonríen. Todo está convertido en una papilla fácil de digerir y baja en calorías, en un placebo inocuo. Aquí, la historia no tiene garras ni cadenas, no enferma de rabia ni muestra manos manchadas de sangre. Se reduce a saltar —incesante, vertiginosa y apabullantemente— de un tema a otro, cuando la noticia del nacimiento de una pantera pequeña en un zoo californiano sucede a una breve relación del entierro de tres norteamericanos asesinados en Karachi, y luego, de repente, aparece un panel con los resultados de la última ronda de la liga de baloncesto que se juega en Arizona; todo esto, este *mish-mash* galopante y neurótico, este tumulto, caos, tropel de imágenes, este embrollo carnavalesco y multicolor de signos, palabras y luces debe servir precisamente a lo que constituye el fin y el sentido del carnaval, a saber: que nada es sino máscara, que lo que vemos no son más que máscaras, que es un mundo real pero al mismo tiempo no; en todo caso, que es un mundo que no entraña amenaza alguna para nosotros, que es un lugar de juego de las apariencias y en el cual lo *sacrum* y lo *profanum*, al girar constantemente sobre sus ejes, no cesan de intercambiar papeles, signos y lugares.⁹



La frivolidad se revela en todo su absurdo esplendor cuando logramos verla desde una cierta perspectiva y distancia. Hace unos años, con motivo de la celebración de unas jornadas sobre Cultura en La Paz, a algunos asistentes nos invitaron a un magazín de una televisión privada boliviana. Moderados en la tertulia por el presentador prototipo de la televisión basura habitual, al final nos pidió a cada uno de nosotros que comparáramos la bebida que estábamos tomando con un país. La mayoría intentaba responder como buenamente podía a la estupidez y, al llegar al viceministro de Cultura cubano, con una lógica y una sencillez aplastantes, se limitó a decir que no entendía el sentido ni el fundamento de la pregunta. En otras palabras, le insinuó lo que debía habernos parecido claro a todos: que la soberana majadería de aprovechar la presencia de tres altos cargos culturales y otros tantos escritores venidos desde miles de kilómetros para pedirles que compararan el líquido de su vaso con una nación era un ejemplo de lo que se ha convertido la televisión. Con todos sus defectos, la televisión cubana no se enmarca en la corriente de frivolidad dominante en los países con economía de mercado, por eso el viceministro fue quien reaccionó de forma de forma más sorprendente —y más sensata— a la necedad del presentador. El formato audiovisual dominante ha hecho mucho daño al periodismo elaborado, complejo, interpretativo:

[...] no puedo evitar horrorizarme al comprobar que una reunión de los ministros de Economía de China y Estados Unidos no se convierta en noticias en un telediario. Sin embargo, si llegan las imágenes de un gatito que cae al agua por una rampa azul marino ante el aplauso del público, consideran que gustará a toda la audiencia. Es un fenómeno terrible que genera la fabricación de telediarios donde el relato de lo que hoy ocurre se limita a dos breves más diecisiete sucesos de un incendio, alguna curiosidad y la historia del gato.

[...] El lema *lo estás viendo, está pasando*, constituye una de las trampas de la actual sociedad, que en la miopía de la televisión postula: «¿Ves cómo llueve? ¿Qué más directamente puede ofrecerse



EL PERIODISMO NECESITA CORAZÓN

para que entiendas la realidad que el hecho de que tú mismo veas la lluvia?».¹⁰

Kapuściński recordaba que la televisión estadounidense lograba atraparlo y conseguir que estuviera dos horas seguida viéndola. Sin embargo, después se daba cuenta de que su conocimiento del mundo era exactamente el mismo que antes de dedicar las dos horas a la televisión. El resultado es que, cada vez más, los ciudadanos no consideran la televisión una vía de información, sino de juego o diversión. La instalan en los bares para que echemos un vistazo mientras tomamos una cerveza, nos quedamos dormidos frente a ella después de cenar. Cada vez en más familias son los niños los que tienen el control del mando distancia, un derecho que les han otorgado los adultos convencidos de que no se pierden nada renunciando a elegir la cadena. «A nadie se le pasa por la cabeza esperar de la televisión algo serio, que este medio eduque, informe o explique el mundo, como no esperamos ninguna de estas cosas cuando vamos al circo».¹¹

En cuanto a la información política, el día a día se cubre recreándose en debates en torno a cuestiones irrelevantes o reyertas superficiales. No se aborda, por ejemplo, la discusión compleja y profunda de un proyecto de ley que se esté aprobando, sino el rifirrafe político tras unas declaraciones anecdóticas o la peripecia de un cargo político. Se parece más al seguimiento de una telenovela que a la profundización en un asunto político de interés general. De las cuestiones trascendentales se debaten los flecos irrelevantes desplazando los verdaderos elementos importantes. Si mediante una acción militar Estados Unidos viola la soberanía de un país y ejecuta a una persona desarmada —por muy terrorista que sea— delante de su familia, la discusión en los medios es si se deben difundir las fotografías o no. La noticia en una intervención parlamentaria es que el diputado tropezó al subir al estrado o soltó un exabrupto en su discurso. La noticia siguiente será la





CONTRA LA NEUTRALIDAD

rabotada de respuesta del político oponente, pero no el verdadero contenido político de la cuestión. Si decenas de ciudadanos preguntan a un presidente del gobierno en directo en la televisión pública, la prensa del día siguiente se interesará por la pregunta de cuánto cuesta un café. Sin duda algo de responsabilidad tienen las audiencias occidentales, excesivamente apáticas y entregadas al individualismo, al consumismo y con una visión localista de la actualidad. Pero también desde los centros del poder informativo se trabaja para consolidar el dominio de la superficialidad y la simpleza en los mensajes informativos.

NO EXISTE LA OBJETIVIDAD

Pero volvamos a la cuestión de la neutralidad. Hoy la ciudadanía se molesta ante cualquier intento de dirigismo político e ideológico. Los medios lo saben y por eso su estrategia actual consiste en explotar al máximo su consideración de objetivos y explorar métodos cada vez más sofisticados para deslizar ideología bajo apariencia de hechos neutrales. De este modo, los nuevos profesionales tienen pánico a insinuar un mínimo de posicionamiento ante cualquier acontecimiento. O lo que es peor, reproducen las líneas informativas y editoriales señaladas por sus superiores y las agencias para no ser marcados ideológicamente. Así creen ser neutrales, pero no lo son, simplemente se convierten en operarios despersonalizados y desideologizados que abandonan cualquier iniciativa y principios. Recuerdo una anécdota durante mi periodo de trabajo en un periódico madrileño a principios de la década de 1990. En aquella época existía un duro debate municipal sobre la decisión del Ayuntamiento de Madrid de instalar un bordillo para el carril bus que impidiera que lo utilizaran los coches privados. El gobierno socialista en el poder lo había instalado y la derecha estaba en campaña contra la iniciativa. El director del



periódico llegó a la zona de la redacción donde se encontraba la sección de Local y pidió al equipo en voz alta un editorial sobre el asunto. En ese momento, un periodista preguntó «¿A favor o en contra?». A nadie le llamó la atención la pregunta, la consideraron normal. En cambio a mí me pareció un ejemplo de la pérdida de ideología a la que se somete al periodista, o mejor dicho, al enterramiento de su propia ideología para poner su capacidad al servicio de la ideología de la empresa informativa.

Viví otra anécdota durante mi participación en una mesa redonda sobre fotoperiodismo en Barcelona. Mi intervención consistió en la presentación de algunos ejemplos de fotografías de prensa que se habían publicado con un pie de foto erróneo o a las que se les había recortado parte de la imagen. No se trataba de errores técnicos, todos se habían hecho con una clara intencionalidad de engaño y tergiversación. Los fotoperiodistas que se encontraban en el público me apuntaron que en esos ejemplos el fotógrafo no era quien había manipulado, las fotos que ellos hicieron representaban realidades y sería después, en la redacción, donde se manipularon. Efectivamente era verdad, pero yo añadí que, mientras en internet algunos habíamos difundido nuestra denuncia y señalado en qué consistió la tergiversación, no me constaba que el fotógrafo hubiera hecho público su repudio al modo de actuar del medio. Los fotoperiodistas se dedicaron entonces a explicar que eso hubiera supuesto poner en peligro su puesto de trabajo, algo muy arriesgado en unos momentos en que encontrar trabajo no es fácil y las personas tienen muchos compromisos y obligaciones económicas (hipotecas, niños que mantener, etc.).

En ambos casos citados los profesionales se consideraban neutrales e imparciales, incluso cuando escribían el editorial, puesto que para ellos se trataba solo de una labor mecánica, algo así como el cumplimiento de órdenes, la obediencia debida del militar. El protagonista de *El verdugo*, la película de Luis García Berlanga, no estaba a favor ni en contra de la pena

CONTRA LA NEUTRALIDAD

de muerte, se limitaba a cumplir su trabajo para dar de comer a su familia.

No existen la imparcialidad y la objetividad, como no existen los apolíticos o los que afirman defender propuestas o proyectos para el bien de todos. Si las propuestas políticas y sociales no son neutrales ni buenas para todas las personas y todos los intereses, tampoco las informaciones pueden serlo. Si un político reparte la tierra de cultivo atenta contra el que tiene grandes latifundios. Si destina los recursos sanitarios a todos los ciudadanos, habrá que repartir las camas hospitalarias y disminuirá el número de médicos y recursos destinados exclusivamente a la élite. Y si se incrementa el nivel educativo de todos los habitantes, se acabará con la superioridad académica de una minoría que le permite embaucar o engañar a los iletrados. El ejemplo más evidente es el inevitable proceso de selección de las noticias: a la redacción de un periódico pueden llegar cada día cuatro mil informaciones procedentes de corresponsales, enviados, agencias, grupos de interés, filtraciones, etc. Dejarlas reducidas a unas pocas decenas supone aplicar un evidente criterio de subjetividad. Cuando un periódico selecciona como noticia principal de portada la concesión de un Óscar en Hollywood o la publicación del informe anual de una organización de derechos humanos, está tomando una posición editorial determinada. Incluso tras la publicación de informe anual, según se destaque como noticia el capítulo de Cuba o el de Colombia, se estará adoptando un posicionamiento ideológico.¹²

EQUIDISTANCIA

Otro pilar en el que se fundamenta el mito actual de la ética periodística es de la equidistancia. Se defiende con el argumento de la necesidad de presentar todas las versiones de un hecho y todas las posiciones ante un acontecimiento. La típica idea de que, ante un determinado hecho, para realizar una



EL PERIODISMO NECESITA CORAZÓN

labor exquisita de periodismo objetivo hay que informar de lo que dicen ambos bandos debilita el verdadero periodismo. No es cierto que la verdad se sitúe a mitad de camino de dos puntos de vista contrapuestos. El periodista británico Robert Fisk recogía este ejemplo de hasta dónde puede llegar esa hipócrita equidistancia en las distintas informaciones de dos agencias con respecto al genocidio de los armenios:¹³

hostilidad que proviene de las matanzas de armenios por parte de los turcos otomanos en la Primera Guerra Mundial. Armenia dice que fue un genocidio, mientras que los turcos rechazan ese término. (Reuters)¹⁴

Armenia y muchos historiadores dicen que los turcos otomanos perpetraron un genocidio contra los armenios durante el siglo pasado, si bien los turcos niegan dicha acusación. (AP)¹⁵

Indignado ante ese tratamiento informativo que pretende hacer un periodismo equidistante renunciando a informar de la realidad, Fisk afirma:

¿Se imaginan las protestas si Reuters se refiriese a las masacres de judíos por parte de los alemanes con las siguientes palabras?: «Los judíos dicen que fue un genocidio, mientras que los alemanes de derecha y los neonazis rechazan dicho término». O si AP informara de que «Israel y muchos historiadores dicen que los nazis alemanes perpetraron un genocidio contra los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, si bien los alemanes de derecha niegan dicho cargo».

La popular e irreverente columnista estadounidense Molly Ivins afirmó:

La petulante complacencia de gran parte de la prensa (he oído decir a más de un redactor jefe: «Bueno, como los dos bandos nos critican, debemos de haber acertado») nace de la curiosa idea de que, si incluyes una cita de cada bando, preferiblemente de una declaración





CONTRA LA NEUTRALIDAD

oficial, ya has cumplido el objetivo. En primer lugar, la mayoría de los reportajes no tienen solo dos caras sino, al menos, diecisiete. En segundo lugar, no sirve de nada a los lectores, ni a la verdad, citar que una parte dice «gato» y la otra dice «perro» cuando lo cierto es que lo que merodea entre los arbustos es un elefante.¹⁶

Hace unos años observé en televisión la noticia sobre un derrame de fuel provocado por un barco encallado en Algeciras.¹⁷ El periodista afirmaba que, según los ecologistas, el crudo estaba solo a un kilómetro de la costa y según el gobierno español todavía estaba a tres kilómetros. El informador estaba convencido de que había aplicado un criterio de pluralidad y equilibrio porque recogió la versión de dos partes contrapuestas, pero no se daba cuenta de que simplemente incumplió su responsabilidad como periodista, que consistía en comprobar personalmente el derrame e informar a la audiencia de su ubicación en lugar de recoger dos versiones de las que, al menos una, no era verdad. En otras ocasiones asistimos a un periodismo que se limita a recoger una denuncia de corrupción de un político y el desmentido del político acusado. El periodista se presenta así como plural y queda bien con todas las partes: ha recogido la versión de todos. Pero, una vez más, el ciudadano se queda sin saber si hubo corrupción o una acusación injuriosa. Lo único que ha habido es la cobardía de una profesión que no busca la verdad y que, incluso conociéndola, no se atreve a posicionarse.

Según el modelo que se está promoviendo, un refugiado de la Alemania nazi que apareciera en televisión diciendo que en su país están sucediendo monstruosidades debería ir seguido de un portavoz de los nazis afirmando que Adolf Hitler está logrando llevar al país al mayor nivel de desarrollo nunca conocido, escribió el excolumnista de *The New York Times* Russell Baker. Desde este punto de vista, y en aras del equilibrio, tras una agresión neonazi deberíamos recoger la reacción de las víctimas y también la del grupo neonazi. Y el día 25 de noviembre, Día Internacional de Lucha contra la Violencia de Gé-



nero, buscaríamos, junto a los que combaten esa violencia, la opinión de algún asesino de su pareja. Y tras un bombardeo a una población civil, deberíamos presentar con igual extensión y legitimidad los argumentos de los bombardeados y los de quienes los bombardean. De hecho, así se hizo después de que el ejército israelí atacara y asesinara a nueve cooperantes de la Flotilla de la Libertad que transportaba ayuda humanitaria a Gaza en mayo de 2010: los medios dieron la misma legitimidad informativa a las argumentaciones del gobierno de Israel, que acusaba a los cooperantes de defender a terroristas, que a las familias de las víctimas. Se trata de un ejemplo más de la cobardía del periodismo actual ante las presiones de los diferentes grupos de poder. El redactor adopta la postura de Poncio Pilatos en versión periodística, en lugar de lavarse las manos ante el crimen, reproduce lo que dice el criminal y la víctima, y se queda satisfecho y a cubierto de las críticas. Un periodismo honesto y valiente requiere que el periodista asuma el rechazo seguro que suscitaría en una determinada parte de la población la toma de posición ante un determinado hecho y quizás ignorar a la que intenta justificar un crimen o se funda en un dato falso. Para evitar el esfuerzo o la indignación de una parte del público, si alguien afirma que Hitler es un ogro, nuestro periodista virginal mostrará al instante a otra persona que dice que Hitler es un príncipe. ¿Un hombre dice que una bomba de la OTAN ha asesinado a cincuenta civiles que asistían a una boda en Afganistán? Inmediatamente el medio presentará a un portavoz de la OTAN diciendo que se trataba de talibanes terroristas. Así —pensarán en la dirección del medio— quedarán bien con quienes creen que la OTAN lucha contra el terrorismo en Afganistán y con quienes consideran que está masacrando a la población civil. Eso sí, nadie podrá saber lo que ha sucedido, que es precisamente para lo que se supone que están los medios de comunicación y los periodistas. Lo importante es que el periodista pueda decir que fue imparcial, neutral y equidistante.

El problema es que estamos creando un profesional del periodismo que ya no sabe incorporar principios y valores éticos y culturales a su trabajo. Incluso su vocabulario se limita a la exposición de hechos y no incluye la elaboración de reflexiones complejas o análisis de cuestiones éticas. Como escribió Walter Lippman en su libro *La opinión pública*, el periodismo no nos señala la verdad porque siempre hay una brecha descomunal entre la verdad y la información. Las cuestiones éticas enfrentan al periodismo al nebuloso mundo de la interpretación y la filosofía, y por eso los periodistas huyen de la indagación ética como un rebaño de corderos atemorizados.¹⁸

Conceptos como *neutralidad*, *objetividad* y *equidistancia* solo son argumentos empresariales para ganarse la credibilidad de los ciudadanos y la complacencia de grupos de poder, anunciantes y publicistas que no quieren un verdadero debate sobre el mundo en el que vivimos. Encontramos un panorama que alardea de neutralidad periodística mientras tiene periodistas empotrados en las filas del ejército estadounidense en Iraq, de pluralidad informativa cuando sus redactores no salen de la sala de prensa de la Casa Blanca y nunca han visitado un suburbio de Washington o de Nueva York, de imparcialidad mientras siguen estigmatizando en sus informaciones a los gobiernos que cometen el delito de recuperar sus recursos naturales de las manos de las multinacionales. Se pavonean de su «objetividad», pero sus páginas y espacios informativos se reservan al oropel, el lujo y el glamour de famosos y grandes fortunas a los que de esta forma identifican como modelos a admirar. Presentan como analistas independientes a representantes y asalariados de lobbies empresariales. Desde 2007, al menos setenta y cinco lobbistas, representantes o dirigentes empresariales —remunerados para defender tanto la imagen como los intereses financieros y políticos de sus empleadores— han aparecido en los principales medios estadounidenses sin mencionar nunca sus actividades lucrativas.¹⁹ Detrás de la aparente neutralidad de los grandes medios se deslizan acusaciones de terrorismo a



EL PERIODISMO NECESITA CORAZÓN

movimientos de liberación que se enfrentan a regímenes dictatoriales, mientras ocultan ese mismo terrorismo cuando los responsables son de su simpatía y las víctimas no son de su entorno. Probablemente ni los periodistas se dieron cuenta de que comenzaron a llamar dictadores a los presidentes de Túnez y Egipto solo cuando los gobernantes europeos les retiraron el apoyo tras las rebeliones ciudadanas. Incluso mientras les dedicaban esos calificativos, a los emires de Qatar o al rey de Arabia Saudí los seguían tratando como a legítimos y honorables jefes de Estado solo por la razón de que los gobernantes occidentales habían logrado mantenerlos en el poder por el momento. El periodista estadounidense, escritor y corresponsal de guerra Chris Hedges ha explicado cómo afectó este modelo de periodismo neutral a la cobertura de la crisis financiera que asola Estados Unidos y Europa.

El periodismo de verdad, el que se basa en el compromiso con la justicia y la comprensión, debería haber informado y fortalecido a la opinión pública mientras sufríamos un golpe de Estado empresarial a cámara lenta. Podría haber propiciado un debate en profundidad sobre las estructuras, las leyes, los privilegios, el poder y la justicia. Pero la prensa tradicional abandonó su función social y se aferró a un protocolo anticuado y concebido para servir a unas estructuras de poder corruptas. Las empresas, que en otros tiempos enriquecieron mucho a esos distribuidores de noticias, las han convertido ahora en formas de publicidad más efectivas. Los beneficios se han desplomado. Y sin embargo estos cortesanos de la prensa, perdidos en la ilusión de su rectitud y probidad moral, se aferran a la moral hueca de la «objetividad» con una fiereza cómica.²⁰

LOS MEJORES PERIODISTAS DEFENDIERON EL COMPROMISO

Los periodistas más consagrados de todo el espectro político no han dudado en denunciar el mito de la objetividad. «En cuanto a la objetividad periodística, es tal vez la patraña más



grande que me ha tocado oír acerca de nuestro oficio»,²¹ afirmó el veterano periodista italiano Indro Montanelli, un periodista al que no se le podrá acusar de antisistema.

El historiador Paul Preston, que estudió el papel de los corresponsales extranjeros que informaron sobre la Guerra Civil española en su libro *Idealistas bajo las balas*,²² afirma que «no puede existir la objetividad o ecuanimidad. No se puede tratar al asesino y al asesinado o al violador y la violada como si fuesen iguales. Cada periodista, como cada historiador, que lo sepa o no, ve las cosas a través del filtro de su sistema moral, ético e ideológico. Esto no quiere decir que no hay que intentar entender las motivaciones de todos los implicados en una situación».²³

«En América Latina uno se mete de periodista y lo primero que hace es indignarse, la propia realidad te obliga. Si no haces periodismo de denuncia, no sé lo que estás haciendo».²⁴ Así se expresa la periodista y escritora Elena Poniatowska quien no concibe el periodismo sin compromiso. Según Robert Fisk en un mundo laboral dominado por el cinismo, el periodismo es un empleo honroso a través del que se puede cambiar la forma en la que la gente ve el mundo.²⁵

Paul Preston en *Idealistas bajo las balas* recoge el grado de implicación que, inevitablemente, adoptaron algunos de los corresponsales que fueron a España en la Guerra Civil. La mayoría de ellos, a la hora de vivir en primera línea la lucha de un pueblo contra el fascismo y la tragedia del abandono del resto de los países que se negaron a ayudar al gobierno legítimo español, no dudaron en tomar partido. Muchas veces enfrentándose a la posición del periódico que les había enviado como corresponsales. Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, John Dos Passos, Mijaíl Koltsov, Louis Fischer, Herbert Southworth, Henry Buckley, W. H. Auden, Arthur Koestler, Cyril Connolly, George Orwell, Kim Philby... a todos les transformó la guerra. La simpatía hacia el bando republicano español no procedía de corresponsales rusos o de publicacio-

nes marginales de izquierda; el corresponsal estadounidense Louis Fischer afirmó que «muchos de los corresponsales extranjeros que visitaban la zona franquista acababan simpatizando con las tropas republicanas, pero prácticamente todos los innumerables periodistas y visitantes que penetraban en la España leal se transformaban en colaboradores activos de la causa. [...]. Solo un imbécil desalmado podría no haber comprendido y simpatizado con» la República española.²⁶ Según señala Preston, «no se trataba solo de describir lo que presenciaban. Muchos de ellos reflexionaban sobre las consecuencias que tendría para el resto del mundo lo que sucedía entonces en España. [...] se vieron empujados por la indignación a escribir en favor de la causa republicana, algunos a ejercer presión en sus respectivos países y, en unos pocos casos, a tomar las armas para defender la República». Uno de estos últimos fue el corresponsal del *New York Herald Tribune* Jim Lardner, que murió combatiendo en la batalla del Ebro. Preston deja bien claro que ese activismo no fue «en detrimento de la fidelidad y la sinceridad de su quehacer informativo. De hecho, algunos de los corresponsales más comprometidos redactaron varios de los reportajes de guerra más precisos e imperecederos».²⁷ Herbert L. Matthews, corresponsal de *The New York Times*, lo explicaba así:

Quienes defendimos la causa del gobierno republicano contra la de los nacionales de Franco teníamos razón. A fin de cuentas era la causa de la justicia, la moralidad y la decencia... Todos los que vivimos la Guerra Civil española nos conmovimos y nos dejamos la piel... Siempre me pareció ver falsedad e hipocresía en quienes afirmaban ser imparciales; y locura, cuando no una estupidez rotunda, en los editores y lectores que exigían objetividad o imparcialidad a los corresponsales que escribían sobre la guerra... Al condenar la parcialidad se rechazan los únicos factores que realmente importan: la sinceridad, la comprensión y el rigor.²⁸



CONTRA LA NEUTRALIDAD

No era el único que anteponía sus principios. Arthur Koestler, del *News Chronicle*, lo presentaba de esta forma:

Cualquiera que haya vivido el infierno que fue Madrid con el corazón, los nervios, los ojos y el estómago, y luego finja ser objetivo, es un mentiroso. Si los que tienen a su disposición máquinas de imprimir y tinta de imprenta para expresar sus opiniones se mantienen neutrales y objetivos frente a semejante bestialidad, entonces Europa está perdida. En tal caso, más vale que nos sentemos y escondamos la cabeza en la arena hasta que el diablo venga a buscarnos. En tal caso, ha llegado la hora de que la civilización occidental apague las luces.²⁹

Todo ello no les impedía reivindicar por encima de todo la verdad, así la defendía Matthews:

La guerra también me enseñó que a largo plazo prevalecerá la verdad. Puede parecer que el periodismo fracasa en su labor cotidiana de suministrar material para la historia, pero la historia no fracasará mientras el periodista escriba la verdad.³⁰

Fue ese compromiso de Matthews lo que le motivó, tras leer un comunicado de las tropas franquistas anunciando que habían tomado la ciudad de Teruel, para realizar un peligroso viaje hasta allí acompañado de Robert Capa y pudo comprobar que todo era mentira. Las tropas rebeldes jamás llegaron a la ciudad, la cual nunca estuvo amenazada.³¹ El caso de la Guerra Civil española no es excepcional. Las injusticias y los conflictos armados en los que desembocan suelen despertar la toma de posición de muchos periodistas que se encuentran viviendo la situación de cerca. El periodista que se compromete lo hace como resultado de su sensibilidad hacia la injusticia, su incapacidad de permanecer indiferente ante el dolor ajeno. El argentino Jorge Masetti lo contaba así en una carta dirigida a su mujer cuando se encontraba con Fidel Castro y los revolucionarios cubanos en Sierra Maestra a finales de 1963:





EL PERIODISMO NECESITA CORAZÓN

Es esta una región en que la miseria y las enfermedades alcanzan el máximo posible, lo superan. Impera una economía feudal... Quien venga aquí y no se indigne, quien venga aquí y no se alce, quien pueda ayudar de cualquier manera y no lo haga, es un canalla...³²

En 1995 pasé varias semanas en una comunidad indígena de apoyo a la guerrilla del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas. Durante ese tiempo conviví con aquellas mujeres mayas que pasaban toda la jornada cortando maíz, recogiendo leña y cocinando; aquellos niños infestados de parásitos que no habían conocido ni médico ni maestro; y sus padres, que se habían echado a la selva para levantarse en armas al histórico grito de tierra y libertad. Mientras compartía sus frijoles, su barro y sus mosquitos, todos los días nos sobrevolaban los aviones del ejército mexicano intentando ubicar sus campamentos guerrilleros para bombardearles. Pensé entonces que en Europa informaban con exquisita equidistancia y neutralidad sobre esa situación, sencillamente como si existieran dos grupos de opinión en disputa, sin percibir ni plantear que se trataba de un sector que se moría de hambre y exigía tierra para cultivar maíz y otro que les sobrevolaba en aviones artillados al servicio de los latifundistas que controlaban las mejores tierras del estado de Chiapas. Había que ser muy miserable para ver en esa situación dos fuentes informativas antagónicas sobre las que había que informar de modo imparcial y neutral. Sin duda me pareció más humano el periodismo que viví en 1992 en El Salvador, emitiendo desde aquella mítica Radio Venceremos, la voz de la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN); hombres y mujeres que entendían el periodismo como una lucha por la justicia social de su pueblo. La verdad es uno de los principios fundamentales del periodismo; por supuesto incuestionable y prioritario, pero no el único. Valores como la justicia social, la denuncia de las violaciones de los derechos humanos, la defensa de los más desfavorecidos, el manteni-



miento del planeta para que siga siendo habitable, no pueden dejarse fuera del periodismo ni enterrarse bajo el manto de la supuesta objetividad.

En realidad, por mucho que insistan desde los grandes despachos de los medios, el subjetivismo es inevitable. Ya lo señalaba George Orwell en su obra sobre la Guerra Civil española, *Homenaje a Cataluña*, «es difícil estar seguro de algo si no se ha visto con los propios ojos, y consciente o inconscientemente, todos tomamos partido al escribir». Orwell lo haría conscientemente, llegaría a combatir en el bando republicano e incluso fue herido en la batalla de Huesca. Ryszard Kapuściński señala que no puede ser corresponsal quien «cree en la objetividad de la información, cuando el único informe posible siempre resulta *personal y provisional*».

José Ignacio López Vigil es un referente de la comunicación comunitaria en América Latina. Autor de numerosos libros sobre el tema, considera que «el proceso de la información resulta doblemente subjetivo: por el lado de quien emite y por el lado de quien recibe». E ironiza al afirmar que «la objetividad es privilegio de los dioses, no alcanzable por los humanos». López Vigil también reivindica el compromiso frente a las injusticias:

Frente a un panorama tan cruel, ninguna persona sensible, con entrañas, puede permanecer indiferente. Es hora de poner todos nuestros esfuerzos personales, toda nuestra creatividad, para mejorar esta situación. No caben mirones cuando está en juego la vida de la mayoría de nuestros congéneres, incluida la del único planeta donde podemos vivirla.³³

Va todavía más lejos:

Ni el arte por el arte, ni la información por la información. Buscamos informar para inconformar, para sacudir las comodidades de aquellos a quienes les sobra y para remover la pasividad de aquellos

a quienes les falta. Las noticias, bien trabajadas, aun sin opinión explícita, sensibilizan sobre estos graves problemas y mueven voluntades para resolverlos.³⁴

En opinión de Iñaki Gabilondo, «para poder aspirar a un mayor conocimiento de la realidad hay que saber adoptar una actitud cívica de compromiso con esa realidad». Si el periodismo quiere ser solo aséptico, inmaculado, virginal, equidistante entre las víctimas y los criminales, equilibrado entre la justicia y la injusticia, es imposible que pueda explicar el mundo.

En lo referente al periodismo fotográfico la situación es similar: es una ingenuidad pensar que si el texto difícilmente puede ser neutral la imagen sí lo es. Lo analizaremos más adelante en el capítulo sobre Robert Capa. «Me molestan ciertas etiquetas, como cuando me dicen que soy un periodista solidario. Para mí el periodismo es compromiso»,³⁵ afirmó el fotógrafo Gervasio Sánchez, Premio Nacional de Fotografía en España. El fotoperiodista todavía va más lejos: «Si yo fuera alguna vez decano de una facultad de Periodismo eliminaría una palabra: “objetividad”; la quitaría, rechazaría y quemaría».³⁶

Tenemos que advertir de que no es lo mismo el periodismo desde los principios que aquí defendemos y que vamos a representar con la trayectoria de cinco periodistas de valía indiscutible que esos formatos de telepredicadores que últimamente se están consolidando en muchos países. Nos referimos a casos como Intereconomía en España o Fox en Estados Unidos. No se trata de posiciones ideológicas contrapuestas. Estos últimos dos casos no son periodismo, se trata sencillamente de la ocupación de un púlpito mediático para lanzar homilías ideológicas trufadas de mentiras y manipulaciones al servicio de una cruzada financiada por unos grupos económicos que intentan difundir al máximo su ideario entre la población.

CONTRA LA NEUTRALIDAD

DAR LA VOZ A LOS HUMILDES

Uno de los principios que unen a los periodistas que abordamos en este libro es el objetivo de dar la voz a los humildes, porque uno de los métodos de subjetivismo inevitable en todos los géneros periodísticos se basa en la elección del protagonista. Según se trate de un monarca, una actriz, un millonario, un general, un ministro, un huelguista, un minero, un ama de casa o un estudiante inyectaremos una subjetividad u otra. El periodista Robert Fisk advierte de que uno de los principales riesgos de su profesión es convertirse en micrófono del poder. Por ello, a diferencia de otros colegas, rechaza utilizar las embajadas como fuente de información. Asegura que «no tiene mucho que aprender allí». Igual que Fisk, los periodistas de nuestro trabajo entendieron que tenían una responsabilidad social y que, del mismo modo que un médico o un maestro, debían impregnar su profesión de conciencia, valores y principios para dedicarla a la gente sencilla.

Siempre he evitado las rutas oficiales, los palacios, las figuras importantes, la gran policía. Todo lo contrario: prefería subirme a camiones encontrados por casualidad, recorrer el desierto con los nómadas y ser huésped de los campesinos de la sabana tropical.³⁷

La periodista estadounidense Amy Goodman, de la televisión alternativa estadounidense Democracy Now,³⁸ opina de la misma forma: «Ir donde está el silencio. Esa es la responsabilidad de un periodista: dar voz a quien ha sido olvidado, abandonado y golpeado por el poderoso. Es la mejor razón que conozco para portar nuestros bolígrafos, cámaras y micrófonos».³⁹ Y, sobre todo, dar la voz a quienes tantas veces tiene vetado el acceso a los medios de comunicación. La escritora Elena Poniatowska en su libro *La noche de Tlatelolco*⁴⁰ recogió la masacre de cientos de estudiantes que protestaban en la plaza de ese mismo nombre, en la ciudad de México,

el 2 de octubre de 1968. Para ello se dedicó a transcribir textualmente, ordenados cronológicamente, los testimonios de los afectados. Cada uno de ellos explica de manera personal las causas del movimiento y su opinión desde su particular punto de vista; más adelante y de la misma manera, están escritos los testimonios que narran cómo iban sucediendo los acontecimientos. Hay relatos de madres, padres, obreros, profesores, empleados, soldados, hombres de Estado, hermanos, primos y amigos de los fallecidos; también hay algunos testimonios del ejército, de políticos o de maestros. Sin duda se trata de un periodismo incompleto —hay elementos y datos que no se pueden ofrecer mediante testimonios—, pero es un ejercicio magnífico de dar la voz a la gente. Es habitual que el periodista moderno se deje fascinar por la moqueta y los oropeles de la información oficial. La institución, el palacio, la lujosa sala de prensa, el dossier informativo profusamente ilustrado logran alcanzar el reconocimiento del periodista antes que la denuncia de la persona sencilla. Solo una discriminación positiva a favor de los humildes puede lograr un verdadero periodismo honesto y útil a la comunidad.

En el caso de las guerras, nuestros periodistas comprendieron que había que dar la voz a los que sufren. Robert Fisk sostiene que la práctica dominante del periodismo no presta suficiente atención a las víctimas. Él está fascinado con las víctimas, provengan de donde provengan y sean quienes sean. Piensa que este oficio se debe ejercer de otra manera y advierte de que «sabemos exactamente cuántos soldados de Estados Unidos han muerto. Sabemos la identidad y el bagaje cultural de cada soldado británico que ha fallecido. Sabemos los nombres de sus viudas, sus edades, las escuelas a las que fueron. Pero de los iraquíes no sabemos nada».⁴¹



CONTRA LA NEUTRALIDAD

SOBRE LOS PERIODISTAS ANALIZADOS

Si a lo anterior añadimos el tremendo control que los grupos empresariales propietarios de los medios ejercen sobre los profesionales, estaremos de acuerdo en que no son buenos tiempos para un periodismo socialmente comprometido. Por eso mismo, bucear en el periodismo de los reporteros que aquí traemos puede ayudarnos a recuperar la pasión y la fuerza para seguir avanzando contracorriente. Decía Stefan Zweig que «nuestro tiempo quiere y ama hoy las biografías heroicas, porque dada la pobreza propia en figuras de liderazgo políticamente creativo busca ejemplos mejores en el pasado» y destacaba «el poder de expandir las almas, aumentar las energías, elevar el espíritu de las biografías heroicas. Desde los tiempos de Plutarco, son necesarias para toda estirpe en ascenso y toda juventud». Las cinco trayectorias que aquí estudiamos deben ser para nosotros, los periodistas, un ejemplo de dignidad en estos tiempos en los que las ruedas de prensa, el ordenador con sus innumerables artilugios suplementarios o derivados y las cotizaciones en bolsa de nuestro medio de comunicación parece que se han confabulado para acabar con un periodismo que crea que puede mejorar el mundo. Nuestros cinco periodistas ya fallecieron. Esto no quiere decir que no existan hoy profesionales dignos, pero estos se defienden solos y pueden seguir enriqueciéndonos. Sin embargo, corremos el peligro de olvidar a los ausentes y con ellos, su legado periodístico. Y eso no sería justo para ellos ni adecuado para nosotros. La editora Eva Forest escribió: «Recoger los sueños de nuestros muertos y convertirlos en arma creadora que perfora imposibles y horada utopías en busca de nuevos caminos que aceleren el proceso de humanización, ¿no es ya el mejor homenaje?». Efectivamente, este libro entiende como homenaje a estos cinco periodistas convertir su legado en un referente creador. Pienso, sinceramente, que aireando su forma de entender el periodismo e intentando tomar nota de su ejemplo,



seremos nosotros, los vivos, los que verdaderamente saldremos ganando.

Algún lector podría pensar que los tiempos han cambiado, que aquel periodismo ya no puede volver. Sin duda vivimos una época diferente, en muchos casos la situación ha empeorado para ejercer ese periodismo: el control de los directivos de los medios es mayor, el profesional depende más del trabajo en equipo, la información está más intoxicada por actores interesados, el modelo audiovisual está dominado por la frivolidad y la espectáculo... En cambio, los desplazamientos son más rápidos y baratos, las posibilidades de contactos a través de internet permiten acceder mejor a las informaciones y fuentes más recónditas. Estudiaremos mejor hacia dónde va el periodismo en el último capítulo.

Tampoco pensemos que estamos hablando simplemente de un periodismo heroico de guerra. Aunque nuestros autores son reconocidos por la fascinación que ejerce su presencia en momentos históricos excepcionales y lugares apasionantes, sus inicios —y sus primeros compromisos— fueron en sus entornos cercanos y en luchas cotidianas. Es el caso de John Reed en su crónica sobre la huelga en Paterson o Robert Capa, en 1936 en Francia, con los huelguistas de Renault, de grandes almacenes como Galeries Lafayette u otras fábricas ocupadas.

Otra sensación que percibirán los lectores es la ausencia de otros periodistas que podrían servirnos de referente tanto o más que los elegidos. Es verdad, existen muchos más, pero pensamos que era mejor profundizar en unos pocos que presentar superficialmente a muchos. Por otro lado, algunos se han visto eclipsados por su faceta literaria. Pensemos en Mark Twain, Émile Zola, Ernest Hemingway, John Steinbeck, Gabriel García Márquez o Manuel Vázquez Montalbán. Otros por su activismo político, como Karl Kraus, José Martí, Pablo de la Torriente Brau o Jean-Paul Marat. Quizás, ojalá, haya oportunidad de acercarnos a algunos de los anteriores en un nuevo libro si los lectores tras leer este muestran su aprobación.

Creemos que los cinco elegidos cubren un espectro rico en cuanto al modo en que plantearon su trabajo y el legado que nos han dejado. John Reed fue el cronista de grandes hitos revolucionarios, Ryszard Kapuściński dedicó su vida a relatar-nos los sueños descolonizadores de los países del Tercer Mundo, Edgar Snow acercó la lejana Asia y la revolución china a Occidente, Rodolfo Walsh sentó los principios de un periodismo emparentado con la literatura de no ficción en el marco de una terrible dictadura y Robert Capa fotografió como nadie a los seres humanos que sufrían la guerra.

Para conocer a cada uno de nuestros protagonistas hemos indagado en biografías ya existentes, en testimonios de quienes les conocieron y estudiaron y, sobre todo, en sus propias obras que son las que mejor nos explican sus formas de entender y vivir el periodismo. Algunas de las personas que leyeron el borrador de este libro comentaron que la primera reacción que les provocaba era el deseo irrefrenable de leer los textos de estos periodistas. Fue el mayor elogio que podían hacerme.

Por otro lado, si lo pensamos bien, el debate sobre un periodismo comprometido con la sociedad puede extrapolarse a otras profesiones. Para empezar en la literatura. «El escritor tiene un compromiso con sus lectores y su lengua, tiene un poder político a la mano y para mí debe usarlo para contribuir a un modelo de justicia social», declaró el escritor colombiano Willian Ospina.⁴² ¿Y por qué no plantearlo en otros ámbitos como la abogacía, la medicina o la enseñanza? Quizás la verdadera discusión se encuentre en que debemos recuperar la solidaridad, el humanismo y la lucha por un mundo mejor como principios rectores de muchas profesiones que el mercado ha degradado hasta convertirlas en meras ocupaciones para sobrevivir en unos casos o hacernos ricos en otros.